CASTRISMO SOCIOLÓGICO

por

Ramón H. Colás

Presentado en el seminario

Cuba: ¿Sucesión o Transición?

Organizado por

El Proyecto Sobre la Transición en Cuba (CTP)*
Instituto de Estudios Cubanos y Cubano Americanos
Universidad de Miami

En Cooperación con

Fundación Diálogos
*
People in Need
*
Asociación Ibero-Americana por la Libertad

Miércoles, 26 de octubre, 2005
Madrid, España

El CTP está financiado con el apoyo del Buró de América Latina y el Caribe, Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional [Bureau for Latin America and the Caribbean, U.S. Agency for International Development, USAID] bajo los términos de la subvención No. EDG-A-00-02-00007-00. Este seminario es posible gracias al apoyo prestado por USAID. Las opiniones expresadas en este ensayo son las del autor y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional.

Introducción

La fuerte personalidad de Castro ha creado un reflejo maquinal de retorcida consecuencia social para Cuba. Esta vislumbra ciertas formalidades muy básicas en el comportamiento del pueblo y sobre todo de aquel sector más dependiente dentro de la dinámica disfuncional del país que se caracteriza por ser adicta a la sumisión como premisa de su dependencia. Tal adhesión, no indica voluntariedad absoluta, aunque se conoce que existen bolsones incondicionales mínimos, dentro del pueblo a los cuales les viene dado el sistema con mayor ilación y por ello se consigue jerarquizar su conexión al poder, dado la absorción mental que padecen y la falta de referentes auténtico donde orientarse. Otros elementos activos del sistema y con un referente definido también son parte del efecto arbitrario y conductual que emana de la autoridad total.

Desarrollo

El Castrismo Sociológico es una demanda paternalista para la observancia de ciertos requerimientos elementales que permiten la convivencia social de aquellos componentes incondicionales, y también los que son ajenos al propósito del organismo coercitivo, para establecer el control riguroso dentro de los normas de control oficial. Es una especie de código esencialmente supervisor que fomenta la obediencia y el apego al modelo sin poder intervenir para nada en su corrección. Acatar todo permite desabrigar la obediencia y ofrecerse a formar parte de un diseño donde los que cumplen alcanzan legitimidad al sistema y por ello se liberan de críticas, represiones y vigilancias policiales.

La dirigencia política de la isla y la muchedumbre fanática e incondicional se reciclan constantemente en un proceso de imitación al gran líder, considerado por todos ellos como la única referencia ideológica válida y modelo de inserción capaz de crearle un espacio predilecto dentro del sistema. Estas manifestaciones conductuales acontecen por el efecto hechizador y explícitamente sugestionable con que Castro impone su personalidad en la sociedad cubana. Es una forma de reflejo mítico del superhombre dotado por la aureola de la inmortalidad, la inteligencia, locuacidad y del control del entorno vital y de todos los vórtices donde gravita su autoridad.

Este Castrismo Sociológico es, en gran medida, una imposición de reglas prevenidamente elegidas. Es un ajuste del sistema ante la necesidad de hacerse creíble y una invasión hacia las personas para seducirlas, extasiando a todos por la contagiosidad de ideas aparentemente novedosas y humanas, y llevarlas a los pies de la observancia frívola y el entumecimiento nomológico de la muchedumbre.

Existe una afición ostensible de los ideólogos del sistema en indicar una relación patriarcal, asumida en la lealtad al máximo líder y el pueblo. La misma se conquista a través de la construcción de ciertos vínculos complejos y miméticos, que les permiten a los subordinados conferir una dignidad superior al guía. La comunicación entre las partes se establece previamente y es impuesta por un ritual mediático donde el patriarca representa la carácter del resto y donde cada una de sus acciones se interpreta como un

hecho trascendental e influyendo en las acciones personales de los miembros de la sociedad. El hecho mismo indica, esencialmente, una valoración persistente y exagerada por los gobernados, quienes desprovistos de la racionalización se inoculan con el virus espléndido que trasmite el patriarca. Llegan, entonces, a esculpir ciertos estereotipos que van extendiéndose entre todos de forma paulatina, sin resistencia alguna, hasta copar todos los rincones de la mente y la actuación, y a su vez, las transmiten a sus descendientes como patrón referencial del imaginario moralizador.

Lo importante, para los ideólogos y arquitectos de esa sórdida leyenda, radica en la construcción de un mito que recurra a su propia voluntad para someter a otro sin que ello se interprete como tal. Por consiguiente, el castrismo sociológico que incita a la impecabilidad, es una caricatura semejante a la doctrina filosófica donde descansa el argumento del sistema ideado. Con la particularidad, que reduce el argumento moral y supuestamente humanista, a la figura del líder y no al conjunto de las doctrinas ideológicas. Parece una dicotomía invariable e irrevocablemente precisada; sin embargo, se trata de embaucar a los gobernados desde ciertos condicionamientos teóricos, científicos e históricos para hacer creer que tales comportamientos son resultados del fundamento original que el conjunto ordinario de esas ideas definió para conseguir la expresión superior de libertad popular.

Este fenómeno sociológico implica mostrar fidelidad al pensamiento del gran líder. Los que mejores ilustran este comportamiento son los organismos represivos del régimen que ostentan de este modo su circunstancia dentro del poder real. Su formación elemental, la mala educación recibida les permite actuar invariablemente en cumplimiento de hacer, desde su imaginario, el bien al ciudadano tal como lo concibe su jefe. Su código conductual se limita a salvaguardar las ideas del comandante, que implica garantizar la seguridad y el supuesto bienestar del pueblo.

Si la referencia para una actuación correcta en la sociedad cubana parte de un solo elemento y éste es disfuncional, y está, a la vez, desnivelado por sus evidentes trastornos de personalidad, asistimos entonces a un evento con una anomalía mayor que tiende a neurotizar a todos por el contagio del mal. Esta enfermedad insustancial se apega a la actuación general y encuentra poca resistencia en los ciudadanos. Claro, la terapia adecuada para superarla, además de no estar potenciada para hacerlo por su evidente frágilidad y la desorganización emanada del agente portador, encuentra en el propio mal el más grande obstáculo para remediarlo.

Es ahí donde radica lo grave del asunto, si tomamos en cuenta que el concepto de normalidad en Cuba está, con toda claridad, asociado a las percepciones de la nomenclatura, es decir de Castro, del mismo modo, las reglas para su medición son impuestas sin variaciones, mientras que en el orden moral existe una gran disfunción que empeora el cuadro patológico de la sociedad. Resultante, toda variable que vaya en sentido contrario es desechada, por cuanto el juicio del oficialismo la desmarca por inoperante e inaudita.

Esta realidad se percibe en todos los elementos que conforman la vida social en Cuba y fundamenta sus cimientos en el miedo, la dependencia, la incapacidad para superar la apatía, los estados de ánimos, la indefensión, la autoestima y sobre todo el terror inducido y otro más etéreo, que permanece en el imaginario de la gente. El código se escribe para que se repita. Se recalca en los medios mediante consignas y un conjunto de lemas que tienden a tabular a las personas de acuerdo al grado de aceptación de los mismos en las manifestaciones de identidad ideológicas que diariamente concurren en el escenario nacional.

Los que simpatizan con el castrismo prefieren explícitamente declarar su identificación al el sistema. De esa manera funciona repetidamente el código básico que es elaborado desde la altura del poder para distinguir el apego a la sumisión. "*Por Fidel la vida*". "*Esta calle es de Fidel*". "*Lo mío primero*", "*Abajo la contrarrevolución*". "*En cada barrio revolución*". "*El poder del pueblo ese sí es poder*". "*Comandante en jefe ordene*" y otros son slogans estructurados para cumplir una función de compatibilidad con sus autores ideológicos. Estas consignas se empaquetan en los signos de la "moral" castrista y son, por consiguiente, expresiones básicas que indican el lugar de la persona en la sociedad y la respuesta que mejor acomoda a cada cual dentro de esas turbias relaciones interpersonales.

La revelación de esos signos puede hacer preservar un status. Esas posturas gananciales derivan de la falta de seguridad individual y la desorientación de la persona para construir una barrera defensiva que impida ser cómplice de participar en el engendro maquiavélico de examen y persecución.

El castrismo sociológico es, además, un engendro morboso complejo y paralizante que se posesiona de toda la vida social y de la gente como parte de una supuesta verdad absoluta donde nadie pueden intervenir en su propia defensa, tanto el que ayuda a elaborar esa postura como el que se ve obligado a asumirla. Aunque existe una dependencia entre ambas partes, a su vez, los dos complementan cierto atributo conductual al estar equiparado por la necesidad de actuar bajo esas premisas sin oponerse. Existiendo un principio, no m,enos importante, donde todos para salvaguardar el espacio de pertenencia posesionan una conducta y actúan sujetos a sus requerimientos.

La deformación no precisa que se imite al gran líder. No se trata de eso. Además, no es necesario. En Cuba, el propio gobernante ha buscado otras referencias a tener en cuenta para destacar cuáles deben ser los principios del buen revolucionario y los valores de su sistema. Con el pretexto de eliminar un culto a su persona ha tomado a la figura del Che Guevara para lanzar una campaña educativa y mediática que permita imitar al desaparecido comandante guerrillero. Curiosamente, ha sido Castro quien ha definido lo que era este aventurero y cómo debe alcanzarse su ideario revolucionario. Quiere decir, que la supremacía del símbolo, en este caso Guevara, no es el símbolo en sí, sino el fabricante de éste, por supuesto, el comandante en jefe.

Por lo general no es el Che Guevara quien dispone un slogan que oriente la conducta de los ciudadanos en Cuba. Dado el caso, aparece reafirmando lo que asegura

Castro. De hecho, el Castrismo Sociológico se alimenta, por el pragmatismo y la astucia del gobernante, todas las ventajas para imponerse como doctrina en el pensamiento y la actuación de la gente.

La fabricación del ordenamiento social en Cuba tiene la paternidad del castrismo. Ahora bien, cuando utilizamos el término, tal parece que hablamos de una ideología masivamente aceptada. No es eso lo que se quiere indicar. El castrismo es un apuntalamiento de validación al poder personal de Castro en un ambiente de necesidad preservativa y del lugar alcanzado por éste. De ahí deriva, la codificación social que en el imaginario popular se percibe.

Hay quienes en Cuba logran superar un estado de crisis existencial cuando se refieren a Castro y hasta determinan cierto momento de peligrosidad para otros compatriotas suyos. El caso se origina en situaciones especiales. En aquellos instantes donde, por ejemplo, se debate improvisadamente acerca de una situación preocupante para todos. Tomemos el caso de la escasez de alimentos, combustibles u otros renglones de primera necesidad. Si la polémica implica cierto entorpecimiento para definir el lugar de cada quien en el debate, la mejor forma de establecerse es acudir al comandante. “Ustedes no escuchan a Fidel”, “Fidel dijo”, “eso lo dijo Fidel”. Estas expresiones demuestran que ahí está vigente, absorbiendo el dominio del grupo, la omnipresencia del comandante, delimitando el terreno ideológico donde se sitúa cada cual.

Lógicamente, es el castrismo sociológico una depredación moral de la sociedad cubana que cobra fuerza en el ocaso del sistema. Hoy más que antes se reafirma la voluntad de actuar desde la postura histórica de Castro en el intento de legitimar aun más su posición para favorecerlo de las críticas, cada vez mayores en la isla, y preservarlo sin manchas ante el pueblo. Sin dudas, ante el desgaste moral del modelo, el cubano sigue como espectador, pero con una mayor conciencia acerca de sí mismo y su entorno. Por ello existe una permanente preocupación por aquellos elementos continuistas dentro de la nomenclatura para investir de una dignidad mayor a Castro como garantía de la sucesión. Tomar las banderas del castrismo, sin imperfecciones, es un propósito de los hombres cercanos al Comandante. Esta intención proviene a su vez de una postura dependiente que tiene sus bases precisamente en el castrismo sociológico.

Ante el peligro de que pueda mantenerse una postura conductual similar después de Castro, surgen varias interrogantes que pudieran ser o no respondidas por aquellos integrantes de esa alineación de acatamiento, es decir, el pueblo: ¿Podrán sobrevivir con tanta perentoriedad tales conductas en un proceso dinámico de cambios si aparentemente ha desaparecido el representante de una voluntad encrespada en el inmovilismo? ¿Cómo terminará este comportamiento social y cuáles serán las normas de convivencias implantadas? ¿Es el pueblo cubano asimilador únicamente de un conjunto de ideas emanadas de una ideología personal o será capaz de ponderar un sistema de valores universales que oriente a la persona en la virtud de lo auténtico, el sentido de responsabilidad común, los valores nacionales y las tradiciones históricas?

Estas interrogantes pudieran ser inquietudes válidas para reflexionar acerca del proyecto político futuro y la forma de fomentar los cimientos donde se sustentará. Sin dudas, una persona tan execrable como Castro, con un impacto desmedido en la sociedad cubana, dejará un legado inevitable cargado de una morbosidad más allá de su existencia que sólo podría ser superado si se instituye un proyecto nacional democrático con una economía social de mercado tendiente a superar las diferencias sociales y un sistema educacional intensivo con una escuela moderna con capacidad para enseñar a pensar.

Los desafíos del futuro son muchos. Los caminos para superar el problema que hemos vivido no sólo está en el diseño para despuntar esta etapa de crisis política y moral, sino en instituir un sistema integral de formación de valores de forma emergente y expedita concentrada en multilateralizar el efecto de una educación nueva que sea libre de controles oficiales y extendidas a instituciones religiosas y fraternales.

El castrismo sociológico puede tener un espacio de breve duración en la sociedad cubana después de la desapariciónde castro. Las dictaduras tienden a desaparecer con el dictador. De ahí, lo que pudiera acelerar las transformaciones en el pensamiento popular, cuando una vez abierto a la sociedad, a la democracia y de frente a los desafíos del mundo, estará en capacidad de perfeccionar un sistema educativo y establecer un nuevo código ético referencial de valores constituídos de forma tal que puedan hacer desaparecer los mitos revolucionarios y la influencia del ideario político de Castro.

Posiblemente, con el tiempo se mantengan remanentes del castrismo militante y sean perceptibles ante los desafíos de la modernidad y la dinámica de un futuro democrático. La nostalgia por el paternalismo y los supuestos beneficios que para el pueblo implicaba el proyecto social de la revolución pudieran convertirse en el móvil de una constante discusión y en el enfrentamiento ideológico entre fuerzas de diferentes espectros políticos.

La experiencia de los países ex comunistas demuestra que algunos elementos populares y los nomenclaturistas de entonces se oponen a los cambios y no asumen posturas inteligentes para asimilar lo nuevo. El inmovilismo de estos sectores de frustración se debe al resentimiento del pasado porque son incapaces de insertarse en el presente con entera independencia y libertad. Puede, a su vez, este comportamiento derivar de una conducta aprehendida durante el proceso anterior que los incapacita para empotrarse en una democracia plena.

Claro está. El reconocimiento del problema puede indicar el camino para su solución. El castrismo sociológico, como expresión del fanatismo y la indefensión del pueblo cubano, tendrá su fuerza dirimida activamente mientras permanezca en vida el dictador. Después, aunque existan quienes intenten recuperar las ideas de Castro, habrá un espacio de oportunidad mayor para contrarrestarlo. Dependerá de la capacidad para ir fomentando la necesidad de avanzar en otras avenidas políticas que alejen al pueblo cubano de pensamientos e ideas indiscutibles y absolutas.

Esta manifestación conductual, dependiente y asumida por misión, de hecho, ha perjudicado a toda la sociedad porque el concepto de normalidad en Cuba tiene como prisma referencial la mirada por donde pasa el castrismo. Claro, es todo un sistema de influencia intensiva, consagrado a trasquilar posturas asumidas de otras vertientes ideológicas y políticas que consolidadas puede revertir el curso histórico del totalitarismo cubano.

Como no es casual que el círculo de poder total desee mantener la perdurabilidad del modelo político cubano hoy más que ayer se insiste en la necesidad de apegar al pueblo a la doctrina original de la revolución. Sin embargo, son los propios cubanos, ante la desesperanza que se vive en la isla, los que anuncian que se ha comenzado a cavar la sepultura donde ubicar la intolerancia y las creencias del ideario castrista en Cuba.

El castrismo sociológico ha impregnado, por su efecto trasgresor, a todos los elementos de la sociedad cubana de un fatalismo colectivo que aún siendo perecedero inmoviliza las acciones sociales hasta llevarlas a las perspectivas del orden dominador lo cual indica su fortaleza actual. El acontecimiento no delimita entre las partes con marcadas dependencias ideológicas a la intolerancia actual y los que disienten de la misma. Concluímos con el análisis anterior, que hay un estereotipo fundacional en la mente popular avanzando sobre cualquiera de las aperturas lógicas en el pensamiento reformador y de cambio que limita la acción positiva por considerar que el castrismo es un designio político interminable y sin solución, representativo del carácter y las necesidades de la gente, que puede permanecer como alternativa insuperable.

No hay dudas que tales interpretaciones, asumidas por el contagio ruidoso del ente restrictivo, provienen de una conducta aprehendida de antemano en la concomitancia activa entre las partes implicadas en la formalización de esquemas conductuales, Desencadenando tres tipos de reacciones una se orienta hacia el curso que debe seguir el mensaje original, otra en la incapacidad de resistir el empuje del mismo y una última que considera posible la inevitabilidad de los cambios.

Quiere decir, y es lamentable, que se ha fabricado conscientemente por el castrismo un umbral de parálisis seductor que advierte ciertos peligros para someter nuevas alternativas siempre que no se correspondan con los espacios del oficialismo actual. Esa perversión implica un retraso en la solución del problema nacional por las evidencias sostenidas en una parte significativa del pueblo que considera, sean cual fueran las razones, que el sistema actual representa, de cierto modo, el modelo adecuado para convivir.

Castro y sus séquitos abogan por la continuidad incuestionable del proceso político cubano y advierten con absoluta desfachatez que otra opción es inaceptable y absurda y, en todo caso, será abortada desde la supuesta voluntariedad del pueblo para enfrentar tal desafío. Ahí, justamente, se fundan los principios del modelo básico de conducta impuesta que implica mostrar cierta impermeabilidad en la voluntad de todos para exponerla inexpugnablemente ante la presencia de variantes democráticas y libertarias.

Conclusiones

1. Los principios básicos mínimos que el castrismo sociológico impugna -sostienen una certidumbre: están elaborado con toda intención para amordazar la actuación y el pensamiento del pueblo. Tratan y lamentablemente logran aprisionar la interpretación racional del individuo acerca de su realidad y desplazan el rol activo de la persona por el de una entidad eterna y ponderativa considerada, por ella misma, infinidad abarcadora de la razón humana, las ideas y la forma de expresión en la sociedad por la persona.

2. El Castrismo Sociológico se fundamenta en los rasgos ostensibles de la personalidad polémica, sórdida y evocada de Castro y en su capacidad para esbozar metas exageradas y absurdas. Tal esfuerzo permite crear un estado emocional de alienación e incertidumbre entre las personas cuando perciben la imposibilidad de alcanzar metas que sobrevaloran todo esfuerzo humano. Este, a su vez, se instituye como una fuerza destructiva y contraproducente animada por el recurso ideológico que apuntala una utopía donde se adoptan posiciones eventuales y certeras con la intención de tranquilizar al pesimismo y enfrentarlo, de alguna manera, a un sistema piadosamente virtual, futurista y eufórico.

3. El estado de crisis permanente vivido por los cubanos ha sido creado por el efecto de esa nueva patología social vulgarizada, evidentemente, por las anomalías de esta sola persona. De ahí su tendencia a consolidarse y a ser extensiva como un pavoroso fantasma prevaricador directamente conectado con una estructura obvia de vigilancia constante encaminada al adoctrinamiento de los ciudadanos.

4. Es el Castrismo Sociológico una clara definición pasional generadora de ciertos imágenes fantasiosas tendientes a estructurar las facultades humanas en una energía política que descanse en una base irracional donde esas exaltaciones puedan crear en cada individuo un comportamiento pasivo y sin ningún apego a la moral, hasta llegar a convertirse en una propulsión activa y referencial con posibilidad de enfrentar todas las variables ajenas y distanciadas de la morbosidad que lo contagia.

Hasta aquí se ha indicado una nueva manifestación en el orden del comportamiento social tendiente a custodiar la indefensión del ciudadano en Cuba bajo cualquier circunstancia de la actuación.